

EL DÍA DESPUÉS CON WILKINSON

El mensaje de texto era claro.

“Esté delante del hotel a las 12:00.

Pasaré con mi hija y mis nietas.

Le llevaremos a almorzar.

Después pasaremos la tarde juntos y esperamos no aburrirle”.

Sonreí.

Después de lo vivido el día anterior, el aburrimiento era lo último que temía.

Fueron puntuales.

Absolutamente puntuales.

Pero esta vez había algo distinto.

No había chófer.

Al chófer le habían dado el día libre.

Al volante iba Maggy.

Confieso que elevé una breve oración a Dios.

No por motivos espirituales.

Por motivos automovilísticos.

Esperaba que todo saliera bien.

Sin sorpresas.

Al menos no de esa clase.

Ella, sin embargo, parecía perfectamente a gusto.

Sujetaba el volante con la misma seguridad con la que conducía una conversación.

O tomaba una decisión.

O presidía una reunión.

Me vino algo a la cabeza.

No todo el mundo envejece de la misma manera.

Hay quien deja de conducir.

Otros dejan de viajar.

Otros dejan de tomar decisiones.

Maggy no.

Ella sencillamente había seguido.

Como si el propio tiempo hubiera decidido hacerse a un lado por respeto.

Seguimos atravesando Londres.

Me habían reservado el asiento delantero.

El que normalmente se asigna al invitado.

Maggy conducía.

Su hija y sus nietas iban sentadas detrás.

Parecía una familia corriente.

Pero no lo era.

Al cabo de unos minutos me preguntaron qué me apetecía comer.

Si tenía alguna preferencia.

Contesté sin dudarlo.

“Cocina inglesa, sin duda”.

Todas se echaron a reír.

No con la risa de cortesía.

Con la de verdad.

Espontánea.

Maggy se volvió hacia su hija.

Tenía la expresión de quien acaba de demostrar una teoría.

“¿Entiendes ahora por qué te dije aquellas cosas?”

Su hija sonrió sin añadir una palabra.

Como si mi respuesta hubiera confirmado algo de lo que ya habían hablado mucho antes.

No pedí explicaciones.

A veces las preguntas llegan demasiado pronto.

Las respuestas, en cambio, necesitan su propio tiempo.

Me limité a observar a aquella extraña familia inglesa.

Y tuve la sensación de que, en algún lugar, mucho antes de que nos conociéramos, Maggy ya había decidido quién era yo.

Yo no hacía más que ponerme al día.

Llegamos a un restaurante.

No uno de esos sitios propios del gran lujo de la aristocracia inglesa.

Ningún portero de uniforme.

Ninguna exhibición de estatus.

Ninguna sofisticación artificial.

En ese momento tuve la certeza de que íbamos a comer bien.

La cocina es como el arte de las cosas.

Las cosas más sencillas son casi siempre las mejores.

Y Maggy era exactamente así.

Podía vivir en un castillo y llamarlo villa.

Podía hablar como una reina y conducir como un taxista londinense.

Podía llevarte a las ruinas de su propia historia sin perder la dignidad de una dama inglesa.

Pero a la hora de comer elegía la sustancia.

No la representación.

Quizá por eso seguía escuchándola.

Detrás del acero de sus espadas no había encontrado una institución.

Había encontrado a una mujer.

Ferdinando